

Frente libertario

Madrid,
21 de diciembre
de 1937

Número 353

editado por el comité de defensa confederal = región centro

EDUARDO VAL, ANTE EL MICROFONO

Con su intervención firme y llana el compañero Eduardo Val, traslada a la actualidad española, el estilo que, siendo consubstancial con el espíritu de Durruti, es también indispensable para la victoria



EDUARDO VAL

HOMBRE DE POCAS PALABRAS Y DE MUCHOS HECHOS, EDUARDO VAL TENIA QUE ENCONTRARSE EN SU AMBIENTE HABLANDO DE BUENAVENTURA DURRUTI, TAMBIEN LLAMA VIVA DE IDEAL Y DE ACCION, QUE SOLO ENCONTRABA SU JUSTO MEDIO LANZADO EN EL TORBELLINO DE LAS REALIZACIONES CUAJADAS DE PROMESAS. POR ESO EDUARDO VAL, QUE TAN DE CERCA, TAN INTIMAMENTE, HA VIVIDO TODAS LAS ETAPAS Y TODAS LAS ESCENAS DE LA GUERRA, HA SUBIDO CONTADAS, CONTADISIMAS VECES A LA TRIBUNA PUBLICA.

Y, EN CAMBIO, SUBIO PARA RENDIR HOMENAJE CALIDO Y FERVOROSO A DURRUTI, Y POR SU PALABRA FIRME Y ESCUETA EL HOMENAJE CALIDO Y FERVOROSO DE TODOS LOS CONFEDERADOS ESPAÑOLES, DE TODOS LOS TRABAJADORES ESPAÑOLES, AL HERMANO DURRUTI, AL HERMANO QUE INMOLO SU VIDA EN ESE ALTAR DE SACRIFICIO Y DE HEROISMO PROLETARIO QUE ES LA CIUDAD UNIVERSITARIA, DE MADRID, F. A. G. U. E. D. L. T. D. F. O. R. M. A. T. O. R. I. A.

EDUARDO VAL, HABLANDO DE DURRUTI, ES TODO UN SIMBOLO: EL SIMBOLO DE LA ABNEGACION POR LOS IDEALES; ESA ABNEGACION QUE CALANDO EN LAS MAS HONDAS RAICES DEL PROLETARIADO ESPAÑOL ES TAMBIEN LA MAS FIRME GARANTIA DE NUESTRA VICTORIA.

No es fácil para mí, compañeros antifascistas que nos escucháis, hablar acerca de Durruti. Se ha dicho mucho de él, y aunque más queda por decir, esta empresa no es asequible para quienes, como yo, más se han educado haciendo que diciendo o estudiando lo que otros dijeron, y más deben a la lucha revolucionaria de la clase trabajadora que al análisis reposado de las altas disciplinas del pensamiento.

Viejo es el dicho de que bien se expresa lo que claramente se concibe; más aún siendo viejo, no sabemos hasta qué punto es exacto. Han sido muchos en el mundo quienes han ofrecido la vida, nada menos que la vida, a ideas o causas sobre las cuales las era punto menos que imposible completar dos párrafos certeros... Esta fue, durante muchos años, la situación espiritual de Durruti, anarquista de acción, incapaz de explicar las teorías de Bakunin, pero siempre dispuesto a defender con los mayores sacrificios la esencia eterna de las mismas.

Y digo esto porque a mí, que conocí perfectamente a Durruti, me es difícil hablar de él. Yo, ante cualquier problema nuevo, ante las circunstancias que nuestra lucha producen, puedo suponer, con las mayores probabilidades de acierto, como otros muchos camaradas, qué haría Durruti; qué decisiones le parecería oportuno tomar; pero explicar la significación del caído, señalar a todos lo que era aquel héroe de la lucha antifascista, me parece que no podré lograrlo.

Partiendo de esta declaración sincera, que viene de conocerme y de conocer a Durruti, quiero, no obstante, hacer resumen de recuerdos y sentimientos. Tal vez así pueda salvar los inconvenientes que me crea la falta de costumbre de hablar en público. He conocido a Durruti en un Pleno sindical. Había importantes problemas que discutir y encendidas pasiones que apagar. Y le vi cuando hacía uso de la palabra, agitar sus brazos con gesto de titán, como si quisiera forjar sus afirmaciones sobre el yunque de la opinión colectiva. Pasaba del violento grito afirmativo a la suavidad de la pregunta. Y en este contraste aparecía su recta calidad de militante de nuestra organización. Es decir, aparecía el hombre de opiniones cuajadas, de juicio propio, decidido para exponerlo y valiente para defenderlo, pero atento siempre a la opinión de los demás. En aquel contraste estaba, a mi entender, una de las más claras manifestaciones de la democracia sindical, de la democracia de la clase trabajadora organizada. Nada de sometimiento, ni de cortedad, ni de timidez; pero nada tampoco de desdén, de imposición, de atropello.

;

Obraba así Durruti porque era anarquista, o fue anarquista porque se acostumbró a obrar así? Es difícil esclarecerlo. Aun refiriendo la pregunta a muchos de nosotros mismos, no sería fácil contestarla con exactitud. Porque se entremezclan y se confunden, en nuestra vida de luchadores revolucionarios el anarquista y el militante sindical. El primero cuida la aspiración ideal, la meta; el segundo, el método, el camino; aquél es una viva antorcha libertaria; este otro, un auténtico demócrata y un hombre disciplinado.

Mas no dejemos sin aclaración estas últimas palabras. La democracia se salva del desprestigio cuando no se falsea. En la Organización confederal no ha sido falseada. Nadie impone a los demás su criterio particular, ni su privativa conveniencia. Todos opinamos, todos votamos, y de abajo arriba y de periferia al centro, se toman las decisiones del movimiento, los acuerdos sindicales, que a todos los afiliados incumbe cumplir, y a los Comités, además de cumplirlos, defenderlos y procurar la exactitud de su práctica. Y en cumplirlos sin queja, en respetarlos en toda su integridad, se fundamenta y consiste nuestra disciplina, la que nadie ha tenido necesidad de enseñarnos, la que nadie nos ha impuesto, la que nosotros nos hemos proporcionado, ejercitando la libertad de nuestra conciencia con el intento de conquistar la libertad social de un mundo ansioso de redención.

Esta democracia y esta disciplina libertarias, de acuerdos colectivos, eran las que habían templado para la lucha el pensamiento y el corazón de Durruti. Su columna, en Aragón, parecía un Sindicato trasladado al frente; un Sindicato que hubiera cambiado circunstancialmente las herramientas por las armas y el trabajo por el combate. ¿Qué duda cabe de que producido este cambio, acaecido el traslado de la fábrica al parapeto, habían de producirse transformaciones concernientes a la disciplina? No habían de afectar tales transformaciones a la esencia de la misma; pero sí a su desenvolvimiento. La disciplina para la guerra no puede organizarse igual que la disciplina para el trabajo o para la lucha social bajo la opresión del Estado capitalista. Y entendiéndolo así, Durruti quiso transformar, para sus combates de guerra, la organización de la disciplina aprendida en las asambleas sindicales. Y como él toda la C. N. T. Así se hizo. Algunos nos dirán que la transformación fue lenta. Y tal vez tengan razón. Pero hemos de tener en cuenta que no porque la dictadura sea más rápida que la democracia resulta más convenient-

te para regir las colectividades humanas. El procedimiento democrático es lento; pero si se respeta en toda su integridad, resulta seguro y eficaz. Democráticamente, recogiendo las opiniones de todos sus militantes, la C. N. T. ha evolucionado más que ninguna otra entidad antifascista durante este período de lucha, y de la eficacia de sus procedimientos habla cumplidamente el hecho de que en sus filas no hay riesgos de escisión. Esta se produce donde la orden desplaza el acuerdo; la camarilla, a la Asamblea; el capricho personal o la conveniencia de un grupo, a la voluntad y a los intereses colectivos. Si la C. N. T. ha sido lenta para tomar decisiones sobre problemas nuevos, es porque acerca de los mismos hemos opinado todos sus militantes, que jamás imitaríamos a quienes sacrifican la conformidad a la rapidez y el acuerdo a la consignación de mandatos.

Un gesto de Durruti nos expresó su calidad de militante sindical y su condición de revolucionario anarquista, y de estas dos características del compañero que hemos perdido hemos visto surgir su interpretación de la disciplina. Como él la concebía, la concibe toda la Organización confederal, que ha ajustado su desenvolvimiento a las necesidades y exigencias de la guerra, de una guerra en la que sólo intervinimos para vencer y que en la misma retaguardia se transforma, ampliando las facultades de los cargos y exigiendo más estrecha responsabilidad a los compañeros que los ocupan.

Y como militante confederal y anarquista, tenía Durruti el grandioso orgullo de los humildes; el orgullo de quienes viven de su trabajo y con su sacrificio sin tasa contribuyen a la redención social; el orgullo de quienes no mendigaron nunca el pan ni la libertad, para cuya conquista se consideraban capacitados; el orgullo de quienes saben llevar con honra una chaqueta rota en un mundo donde frecuentemente se viste bien a cambio de prostituirse; orgullo de proletario en paro forzoso, perseguido, preso, apaleado, sin casa ni patria; orgullo de los humildes jamás humillados.

Hecho en el dolor de la dignidad, le venían estrechas a Durruti todas las ficciones y aparatosas grandezas del mundo capitalista.

Y desde la cima de su orgullo las despreciaba. Como despreció más tarde la frivolidad de quienes creyeron que hacer la revolución era diadogar amablemente con una mecanógrafa entre sofás lujosos, cortinas de terciopelo, alfombras mullidas y humo de tabaco rubio.

Vuelto del frente, Durruti se acercó al micrófono, en Barcelona, para hacer oír en la retaguardia la voz del fusil y del mortero, de la ametralladora.

Frente libertario

Los piratas desconocidos

De la isla de Lampedusa se ha evadido, el 20 de octubre, el abogado napolitano Giacomo Costa, junto con otros cuatro confinados. Llegado a Túnez y después a París, ha descrito la situación de los confinados políticos italianos y ha contado a un corresponsal del "Daily Herald", de Londres, un episodio que no revela, pero que sí ilustra, la nacionalidad de los piratas operantes en el Mediterráneo contra las embarcaciones que se dirigen a la España republicana. Ha dicho:

"El 14 de agosto, las autoridades de la colonia me requirieron como intérprete para algunos marinos españoles, cuya nave había sido torpedeada por los italianos la noche anterior a 40 millas de Lampedusa y que, recogidos por un crucero italiano, habían sido llevados a la isla. Me encontré con el capitán José López, que había conocido bastantes años antes. López me dijo que el Gobierno italiano le había dado a elegir entre firmar una declaración de que no conocían la nacionalidad del submarino agresor o ser enviados a Franco, que ciertamente los habría fusilado. Firmaron y fueron enviados, como prisioneros de guerra, bajo rigurosa vigilancia, a la Magdalena, donde todavía se encuentran."

Así que la identidad de los piratas no es un misterio. Es conocida porque, si el Gobierno italiano no quiere que se declare abiertamente, es preciso llegar a la conclusión de que debe tratarse de italianos o de alemanes, o bien de italianos y alemanes. Es conocido también el sistema al cual recurren los aliados de Franco para mantener en pie la insulsa pretensión del misterio.

Pero ¿por qué la Sociedad de Ginebra, la Sociedad de Naciones, no van a la Magdalena a interrogar a los prisioneros españoles del Gobierno italiano, para saber, bajo compromiso de protección a sus personas, la identidad de los piratas, si verdaderamente la ignoran y tienen voluntad de conocerla? Y si no hacen esto, ¿cómo se puede rehuir la conclusión de que estos señores, que tanto blasonan de demócratas, son, en realidad, cómplices del fascismo, al cual tienen la vela, desertando—como dijo Litvinoff—de la España republicana y antifascista?

Estamos verdaderamente en tiempos de tristísima ceguera mental, epidemia de los tiempos que corren. Por consiguiente, jamás se llegará a ver lo que en realidad no quiere verse en absoluto. Parece que nos encontramos ante la locura momentánea de aquel capitán que de un gran puñetazo destruyó la brújula durante una horrible tempestad, quedando así a merced de las olas, que, después de haber destrozado al buque, se tragaron sus míseros restos en las vorágines indomables.

Y de esta clase tendremos todavía que ver bastantes locuras!

Flechazos

El gubernamentalismo de la F. A. I.

No son pocos los que creen y ven en la F. A. I. una Organización capaz de dar, y sin otra misión ni otra razón de vida que la de dar, si la de dar al Estado un excelente equipo de Gobierno. Hombres de alguna edad, gastados, más que gastados, agotados, cuyas flaquezas de espíritu y de cuerpo no son pocas, creen bastante y hasta creen obra de gigantes la de que la bernar, y al gobernar, la de rejuvenecer. A. I. eche sobre sí la tarea de gobernar, dar fuerza y dar vida a un Estado en crisis.

Claro que todo obedece al desconocimiento que de la Organización anarquista tienen los que tal dicen.

La F. A. I. habrá podido dar y ha dado un plantel de hombres insuperables e insuperables para que formen en un Ejército que ha de acabar y ha de vencer a los militares de Cámara que habían apurado el placer de las derrotas y que ahora, aunque fuera en marcha, se impudico con invertidos extranjeros, querían experimentar los regodeos de un triunfo, aunque este triunfo fuer a expensas de la Patria. Habrá podido dar, y estamos orgullosos de ello, una economía que, por haberla desarticulado el 19 de julio la facción, España no tenía. Habrá podido dar, y ha dado, unas juventudes—unas y únicas—que son el motor de

todos los organismos y en todos los lugares, de los que puede sentirse satisfecha la España de la Revolución, cuya tea atumba la Europa que teme. Podrá dar, y está dando, una nueva era, en la que la humanidad podrá vivir y podrá soñar, y para soñar y para vivir a todos llama, para que viva.

Los judíos pagan los vidrios rotos

Después del Congreso de Nuremberg se puede comprobar una recrudescencia de la propaganda anti judía en Alemania para ahogar el descontento creciente de la población.

En un mitin celebrado en una gran Empresa industrial, un funcionario del Frente Alemán del Trabajo ha llegado a decir que todo obrero que se atreviera a dirigir la palabra a un judío sería licenciado inmediatamente.

El orador declaraba que los judíos son responsables de la falta de carne de cerdo, habiendo organizado, igual que durante la gran guerra, la matanza en masa de los cerdos. Según él, son igualmente los judíos los culpables de la penuria de materias primas, al impedir al resto del mundo que devuelva al Reich sus colonias perdidas.

EDUARDO VAL ANTE EL MICROFONO

dora y del cañón, del miliciano mal calzado y del heroico dinamitero que salta en pedazos cuando se dispone a tomar la trinchera enemiga.

Habló a la retaguardia como podía hacerlo él, revolucionario y combatiente, nunca negado al sacrificio. Y no tuvo pelos en la lengua ni los tendría hoy. Para él, para nosotros, para todos los revolucionarios dignos de este nombre, la guerra ha de afectar por igual a los que están en las trincheras que a los que se encuentran en la retaguardia. La victoria será la suma del trabajo y del combate, y quien ni produzca ni lucha, por lo mismo que no cumple su deber en esta hora de deberes, nos estorba, es un enemigo de todos; y para los enemigos, cuando tanto se juega el pueblo español en esta guerra, o puede haber cuartel, ni acaso cárcel, camaradas, ya que para muchos que heroicamente cumplen su obligación ni siquiera hay sepultura en el campo de batalla.

A los especuladores, a los agiotistas, a los mercaderes de la sangre popular, lo mismo que a quienes llevan un honroso carnet que no merecen y a los ladrones de certificados de trabajo, sean quienes fueren, llámense como se llamen, hay que meterlos en cintura, hay que darles trato de fascistas, para no correr el riesgo de que la impunidad de que disfrutaban vayan creando un ambiente de ociosidad y de vicio, en el que puedan crecer las diferencias de clase, los intereses privados, las frivolidades perniciosas, los quebrantos de la voluntad y, en fin, cuanto puede contribuir a aumentar las dificultades propias de la lucha y a crear el clima propicio para la siembra del derrotismo de los facciosos emboscados.

Combatiente de primera línea, Durruti hubiera sido un cirujano de hierro para la retaguardia. ¿Qué entusiasmo pondría hoy en conseguir que, mediante el aumento de la fuerza sindical, las Organizaciones obreras fuesen enemigas implacables de todo aquello que no contribuya a conquistar la victoria del pueblo en armas. Había que oír hablar a Durruti de los pueblos aragoneses que las milicias confederales redimieron de la tiranía fascista. Había que ver cómo se entusiasmaba diciendo que, desde Bujaraloz a los desfiladeros de Fraga, en el terreno donde él manifestaba su genio de combatiente, la guerra y la revolución eran aspectos de la misma tarea, sangre y sudor del mismo sacrificio. Había conseguido hermanar al campesino con el miliciano y dar la misma moral de abnegación al frente y a la retaguardia y lograr poner en todos los cerebros que la lucha antifascista, hecha por el pueblo en armas, no tenía más objetivo que la redención social de este mismo pueblo, orgullo y vanguardia de la humanidad trabajadora, que es la única que debe tener cubierto en el banquete de la vida.

Durruti era incompatible con quienes, en vez de imitarle, le discuten en la comodidad frecuentemente encanallada del café. Esa Barcelona invadida hoy por los especuladores de toda clase, por los vagos, de la guerra o de la revolución, sin por los bulistas, por los que viven sentir ninguna de ellas, no podría resistir la presencia de aquel humilde no humillado, de aquel hombre orgulloso de su propia dignidad proletaria, y para nombrarle sin ofensa ha de emprender una depuración implacable, de guerra social, de trabajadores contra negociantes.

El individualismo económico es la base de los principales defectos que hay que eliminar. Durruti, como todos nosotros, estaba contra él. Su cerebro anarquista sólo le permitía un individualismo militante: el del sacrificio. Durruti era individualista para acometer las difíciles empresas en que no se podían arriesgar responsabilidades colectivas, en que no convenía comprometer a toda una organización obrera. Era individualista contra Soldevilla o contra Alfonso de Borbón, no contra toda una organización patronal. Como Ascaso. Como Angiolillo. Como Mateo Morral. Como otros muchos compañeros que supieron ju-

garse la vida limpiamente ejecutando designios de raíz social. El individualismo de Durruti estaba regido por su mentalidad ácrata. El, anarquista bien forjado, se atrevía a luchar aisladamente; pero comprendía también, ante las realidades sociales, políticas y económicas de su tiempo, que era preciso vincularse como trabajador a la Organización sindical, y al servicio de ésta, para limpiar de obstáculos su camino, para defenderla, puso su individualismo en superación, abnegado y corajudo, que lo daba todo y nada pedía.

A través de esta acción individualista de que hablo, con la que Durruti completó su ejecutoria de militante sindical, se nos fué manifestando como un brazo vengador de la C. N. T. y de la F. A. I., de todo el movimiento libertario español. Y para nosotros, los anarquistas ibéricos, acaso sea este el aspecto más interesante de la vida de nuestro compañero. Se acusaron en él los rasgos que más censuras nos han reportado. Censuras de quienes no nos entendían o fingían no entendernos. Censuras de quienes confundieron la anarquía, suprema expresión del orden, según el sabio Reclus, con el caos. Censuras de quienes al ver la fealdad de su conducta en el espejo limpio de la nuestra—*un op zax us atqz aduoi uejant*—mendar aquella.

Los pillos y los tontos presentaron a Durruti como un monstruo de iniquidad cerrado a todo noble anhelo, como un aventurero armado de toda suerte de violencias. Y Durruti, hombre de acción, no de palabras, con actos cada día más heroicos, de mayor resonancia cada vez, fué probando lo que verdaderamente era, y destruyendo la estúpida leyenda de que le habían rodeado la mendicidad policíaca y la mezquindad política. Y tan alto fué su ejemplo, que no hubo más remedio que abrir los ojos y ver. Y tanta fué su generosidad, que ante ella hubieron de rendirse los banderines de enganche de la incompreensión y de la infamia. Y adquirió tan gigantescas proporciones su figura, en el teatro de la grandiosa lucha española, que los enanos que un día le llamaron, como a todos nosotros, "bandido con carnet", han tenido que admirarle como héroe nacional, como insuperable símbolo del pueblo que lucha por su libertad y por su independencia, en las cuales hay que ver los pilares de un porvenir de redención.

Durruti, el reconquistador de centenares de kilómetros cuadrados de tierra aragonesa, uno de los principales forjadores del Ejército popular, el héroe inmortal de la defensa de Madrid, no había dejado de ser, a partir del 19 de julio de 1936, aquel trabajador perseguido por Estados americanos y europeos, aquel anarquista encarcelado numerosas veces en España, deportado a Fuerteventura, condenado al hambre y a la peregrinación. En vida fué nuestro, y por su vida, desde el momento de su muerte física, es de todos los antifascistas. De todos, entendiéndose bien, únicamente porque todos han proclamado la grandeza insuperada de su conducta, de su lucha en pro de la causa que nos es común. Pero, si es de todos, a todos cumple imitarla, no repitiendo sus frases más certeras, sino sus mejores actos.

Con unas y con otros, reafirmando siempre, se reivindicó a sí mismo y reivindicó a la C. N. T. y a la F. A. I., que no viven del favor, sino del propio sacrificio. Como Durruti, ambas han cerrado contra "esa mal llamada libertad, a la que apeñan los cobardes para escurrir el bulto", y han mantenido unidas la guerra y la revolución, y han procurado la dignificación de la retaguardia, y han ajustado su conducta al lema inolvidable que dice: "Renunciamos a todo, excepto a la victoria." Excepto a la victoria—tengase muy presente—militar, política y económica de la clase trabajadora, que cuenta con derecho, fuerza y capacidad suficientes para regirse por sí misma.

Así, según declaro, con acierto o sin él, hemos conocido a Durruti

sus compañeros de lucha. Y así, en cierto modo, lo adivinaba el pueblo de Madrid en las jornadas de noviembre, cuando también esta ciudad tenía que reivindicarse ante la historia verdadera y perder su fama de alegre y confiada, para conquistar la de abnegada y heroica. En aquel Madrid de noviembre, que por mi cargo en la Organización confederal hube de conocer y hube de hacer conocer a muchos con todo detenimiento, el nombre de Durruti fué un desafío al enemigo envalentado, un grito de victoria y de esperanza en nuestros labios. Para los milicianos, para la población civil movilizaba, para todos los que íntimamente nos juramos entonces perecer antes que tolerar el avance faccioso, Durruti era un hércules aureolado por los triunfos del frente aragonés, un ciclope de la energía, un titán del valor. Le veíamos inteligente y temerario, estratega y audaz, apto para poner a prueba la decisión de todos. Era, espontáneamente, sin proponérselo nadie, la encarnación de la voluntad, de la arrogancia del gesto de todos. Sabíamos que venía a vencer o a morir con nosotros. Y, cuando cayó, tan llenos estábamos de la grandeza de su gesta, que su nombre nos bastaba para redoblar la furia en la pelea.

Pero, cuidado, que Durruti no era sólo arrojo, no era únicamente impulso, ni siquiera en aquellas difísiles jornadas en que el enemigo se prometía entrar en Madrid. Sabía nuestro compañero que la lucha iba a ser larga. Lo había proclamado, días antes, en Barcelona. Y, por eso, quería crear los instrumentos necesarios para vencer y superar, no sólo las dificultades presentes en aquel momento, sino también las que más adelante habrían de surgir. Preveía la necesidad de organizar un Ejército del pueblo y para el pueblo. De aquí que, en cuanto llegó a Madrid, de acuerdo con el compañero Mera y conmigo mismo, se apresurase a organizar la unificación de las Milicias confederales que se batían en este frente del Centro. Quería unirlos, como nosotros, como la Organización, pero no para independizarlos, que tal intento hubiera sido inconveniente, sino para dar un paso seguro y decisivo hacia la creación del Ejército popular, hacia el mando único, hacia la más sólida y eficaz disciplina de guerra.

Y en esta tarea le sorprendió la muerte. Muerte de héroe que no se preocupa de parecerlo. Muerte desnuda, sin aparatosidad, de hombre que cumple calladamente su deber. No haré juegos de palabras acerca de si su recuerdo vale tanto como su vida. La literatura no cuadra a la emoción de quienes sabemos lo que la España trabajadora y revolucionaria, la España de los Sindicatos, perdió al caer Durruti.

Ahora bien: como secretario de la Sección de Defensa del Comité Regional del Centro, al hablar para el pueblo antifascista, al cabo de año y medio de guerra, quiero tener la satisfacción de proclamar que en la C. N. T. no se ha agotado la magnífica cantera de donde fué extraído Buenaventura Durruti. En estos meses ricos en dolor y en esperanza, la Organización confederal, entregada de lleno a la consecución de la victoria, ha puesto en los frentes del Centro decenas de millares de combatientes, y a todos ellos transmito, sin retórica, pero sintiéndolo de veras, el reconocimiento que merece su abnegada conducta.

En los milicianos como en los comandantes, en todos por igual, la C. N. T. se siente honrada y defendida. Luchar contra el fascismo, capacitarse para esa lucha, superarse en ella de día en día, es cumplir el primer mandato de nuestra conciencia, el más importante acuerdo confederal y el más noble deber de españoles. A quienes lo cumplís, dondequiera que estéis, ¡salud y victoria! Tened la seguridad, compañeros, de que un pueblo que lucha como el nuestro no puede ser vencido. ¡Ganaremos la guerra, compañeros, y con el triunfo aseguraremos la revolución española! Por Durruti, por la memoria de cuantos hermanos cayeron como él, ¡adelante, hasta el fin! ¡Viva la victoria del pueblo español en armas!